

quieu. El tiempo habia de descubrir qual de los dos sistemas prevaleceria. Cotege el historiador sus efectos, observe la naturaleza y progresos sucesivos de la opinion, y no se admirará quando vea que llega el dia en que, de las dos escuelas, triunfa la que respeta menos el altar y el trono.

CAPÍTULO IV.

Tercer grado de la conspiracion.

Efecto general de los sistemas de Montesquieu y de Rousseau.

Convencion de los sofistas: union de su conspiracion contra el trono á su conspiracion contra el altar.

Razones de Montesquieu á favor de la aristocracia.

Cotejando los dos sistemas que acabo de exponer, facilmente se descubre que las ideas de libertad y de igualdad políticas habian adquirido en el espíritu de Montesquieu, y de Roussaau aquel giro y modificaciones, que naturalmente se debian esperar de la diferente condicion de estos dos célebres escritores. El primero, educado en aquella parte de la sociedad, que distingue los títulos y las riquezas, habia dado menos á esta igualdad, que confunde todas las clases de los ciudadanos. A pesar de su admiracion por las repúblicas de la antigüedad, observó que "siempre en un estado hay personas distinguidas por su nacimiento, riquezas ú honores; que si estos hombres se confundiesen con el pueblo y no tuviesen mas voz que los otros, la libertad comun seria su esclavitud, y no tendrian interés en defenderla." De estos hombres formó un cuerpo que fuese capaz de oponerse á las deliberaciones del pueblo, asi como este á las de aquellos. Admitia en los grandes imperios un rey, que pudiese contener á unos y á otros. (a).

(a) *Espíritu de las leyes lib. II. cap. 6.*

Debia llegar el dia en que este sistema habia de manifestar á los jacobinos que Montesquieu fué el padre de la aristocracia, y parece bastante verosimil, que lo que mas le agradaba de esta idea era el papel que representarian los hombres de su estado, elevados á la clase de con-legisladores, y gozando desde entónces de aquella libertad, que él hacia consistir en gobernarse á sí mismo y jamás obedecer sino á sus propias leyes. La precaucion que habia tomado de no generalizar sus ideas sino quando hablaba de aquella isla (Inglaterra) en donde habia aprendido á admirarlas, le ponian en cierta manera á cubierto de toda censura y de la acusacion de querer trastornar el gobierno de su patria para introducir en ella un extranjero. Esta precaucion no impidió que muchos de sus lectores viesen, mas una constitucion que debian desear, que la que celebraba con tantos elogios, y mas unas leyes propicias á la libertad, que las de un pais en donde cada uno se gobierna á sí mismo.

Porque y por quienes fué tan celebrado su sistema.

Los franceses en aquella época estaban poco exercitados en las discusiones políticas, y mas acostumbrados á gozar de las ventajas de su gobierno baxo las leyes de su monarca, que á discutir sobre su autoridad. Ellos eran libres baxo de estas leyes; y no se entretenian en buscar como lo podian ser sin haberlas hecho ellos mismos. La novedad de este asunto excitó la curiosidad de una nacion para la qual solo el título de *Espíritu de las leyes* habria bastado para considerar esta obra como admirable. Se hallaba en todas partes una vasta extension de conocimientos, y á pesar de una multitud de reflexiones picantes y casi satíricas, hablaba con una decencia y moderacion, que se atrahia la pública estimacion. Tambien le admiraron los ingleses, y á pesar de las supresiones de Montesquieu, les fué muy fácil celebrar un ingenio, cuyo grande error consistia en haber podido creer, que todos los otros pueblos eran bastante sábios, ó que estaban bien colocados sobre el globo político, para no necesitar de otras leyes que las suyas, si querian ser libres.

La estimacion en que se tenia á la Gran-Bretaña (sentimiento que una nacion, tal vez entonces su mayor rival, jamas le habia negado) aumentó el aprecio del *espíritu de las leyes*. La obra se tradujo en muchas lenguas, y habria sido poco decoroso á un francés manifestar que no la habia estudiado. Que se me permita la expresion de que voy á valerme: el veneno, el verdadero germen de la revolucion mas democrática se insinuó, sin que se advirtiese. Este germen se halla entero en este principio: *todo hombre que piensa tener una alma libre, debe gobernarse por sí mismo*. Este principio corresponde absolutamente á este otro: *solo en el pueblo reunido reside el poder legislativo*. Los admiradores de la aristocracia que halló Montesquieu, no sintieron lo bastante las consecuencias de este grande axioma. No advirtieron que los filósofos de la rebelion no harian mas que mudar los términos, quando dirian: la ley es la expresion de la voluntad general; quando concluirian: luego solo al pueblo ó á la multitud toca hacer y deshacer todas las leyes: luego el pueblo mudando ó trastornando, como le agrada, todas las leyes; no hace mas, que lo que tiene derecho de hacer.

Ventajas, que de Montesquieu sacaba la democracia.

Quando Montesquieu andaba al traves de estas consecuencias, ó hacia semblante de que no las advertia; y sobre todo quando echando una mirada sobre las diversas monarquías de Europa, se veía precisado á convenir en que, exceptuando una solamente, no se conocia alguna, en donde el pueblo gozase de aquel pretendido derecho de gobernarse á sí mismo y de hacer sus leyes; quando añadía, que quanto menos estaban fundadas sobre este derecho, tanto mas *la monarquía degeneraba en despotismo*; quando despues de haber dicho, que ya no habia libertad sin la distincion y separacion de aquellos poderes, que él veía reunidos en la cabeza de tantos soberanos; aun parecia que queria consolar á estos diversos pueblos, hablándoles de la mayor ó menor libertad, que aun podian atribuir á lo que él llamaba preocupaciones, á su amor á

la gloria de los ciudadanos, del estado, y del príncipe (b), ¿ que era todo esto sino una niebla con que se ocultaba? Despues de haber establecido unos principios que no manifiestan mas que esclavitud en todas partes ¿ piensa él sosegar los espíritus hablándoles de una libertad de preocupaciones, que aun pueden conservar? ¿Será por ventura esto alguna de aquellas *oscuridades voluntarias*, á que d'Alembert dió el nombre de *inocentes artificios*? ¿ó será preciso atenerse á Rousseau acusando á Montesquieu de *faltar á la exactitud*?

Sea lo que fuere, tales eran los principios de Montesquieu, que era imposible seguirlos en Francia, ni en otra parte alguna, sin aquellas revoluciones, que trasladan al pueblo la parte mas importante de la autoridad del soberano. Despues del *espíritu de las leyes*, ya se vé, que para excitar aquellas revoluciones solo se necesitaba de un hombre bastante atrevido para no temer las consecuencias, y aun para celebrarlas, contemplando, que igualarian y borrarían en una clase superior las distinciones y títulos, que le podrian humillar en la suya. Este hombre fué Rousseau, hijo de un simple artesano, educado al principio en la tienda de un relojero, que se aprovechó de las armas, que le suministraba Montesquieu para descubrir el mismo derecho á la legislacion, y soberanía en un simple artesano, que en un grande Señor, y en un plebeyo, como en un noble. Toda la aristocracia de Montesquieu fue para el ginebrino un andámio vano. Si conservó la expresion para manifestar el mejor gobierno, se cuidó de restituir á esta palabra *aristocracia*, su primer sentido; entendió que si significaba, no el noble, ó el rico, sino el mejor, fuese rico, ó pobre, elegido en magistrado por el pueblo; y en la misma aristocracia no descubrió otra cosa, que el pueblo legislador y soberano. Montesquieu necesitaba de nobles entre los reyes y el pueblo; y Rousseau detestó los intermedios; pues le pareció absurdo que el pueblo soberano necesitase de ellos.

Comparacion y efectos naturales de los dos sistemas.
Montesquieu dividió el cetro de los reyes para dar una

(b) Libro II. cap. 7.

parte preciosa de él á la aristocracia de las riquezas, de las clases y de los títulos. Rousseau, sin riquezas, sin títulos y sin clase distinguida, rompió absolutamente el cetro de los reyes, de la nobleza y de las riquezas. Para tener igual parte en la soberanía, que el milord y el noble, hizo la multitud soberana. Ambos llamaban las revoluciones; ambos, á pesar de todas sus protestas francas ó disimuladas, no dexaban de enseñar á las naciones, que el gobierno en general era despótico; que para salir de la esclavitud era necesario darse constituciones nuevas, y nuevas leyes, xefes mas dependientes y menos libres en sí mismos, para que la libertad de los ciudadanos estuviere menos expuesta. Ambos diciendo lo que habria debido ser segun sus ideas de libertad, decian á los pueblos quanto les era necesario hacer en adelante, para que se creyesen libres. La opinion, como los dos sistemas, debia moderarse y estrecharse en los límites señalados por Montesquieu, ó bien ensancharse y estenderse segun toda la latitud, que le daba Rousseau, segun la fuerza y preponderancia, y segun la multitud de discípulos, que el interés podia dar á uno, ó bien al otro de estos modernos políticos. Todo hombre acostumbrado á reflexionar habria podido desde entonces preveer, que Montesquieu tendria en su favor á todos los rebeldes de la aristocracia; pero que todas las clases medianas, y subalternas, embidiosas y enemigas de la aristocracia pelearian por Rousseau.

Tal debia ser el efecto natural de los dos sistemas, á proporcion que irian haciendo sus conquistas sobre la pública opinion. Es verdad, que este efecto podia faltar á causa de la opinion, aun dominante entre los pueblos, á los quales las ideas falsas de libertad no habian aun acostumbrado á considerarse como esclavos baxo las leyes de sus príncipes. Todos estos principios revolucionarios podian sobre todo no tener fuerza ni accion sobre el espíritu de aquellos á quienes la religion habia acostumbrado á mirar á los reyes, y á todos los xefes de la sociedad como ministros de aquel Dios que gobierna el mundo. Todos estos sistemas se debian desvanecer delante de un evangelio, que proscribiendo toda injusticia, arbitrariedad y tiranía del príncipe, y toda rebelion de los vasallos, sube

al verdadero manantial y al verdadero objeto de toda autoridad, y en manera alguna fomenta el orgullo de los pueblos con decirles, que todos son soberanos: pero ya los sofistas de la impiedad socababan los fundamentos de esta religion, y ya contaban con muchos iniciados, especialmente de aquella clase de hombres, que embidiaban en secreto las distinciones ó el poder. Luego concibieron todo el partido que les seria facil sacar de los dos sistemas, para hacer que prevaleciesen en el orden político las mismas ideas de libertad y de igualdad, á las que cedian todos sus resultados contra el cristianismo.

Eleccion y conspiraciones de los sofistas por el sistema contra los reyes.

Hasta esta época el odio de los proselitos de Voltaire, y de los compañeros de d'Alembert contra los reyes habia sido vago é indeterminado: era en general, un deseo de libertad y de igualdad, y un aborrecimiento, que tenian en su corazon á toda autoridad represiva. Pero la necesidad de un gobierno, qualquiera que fuese, para la sociedad civil, sofocaba, casi del todo, sus clamores. Parece, que entonces advirtieron, que no bastaba destruir, sino que era preciso, quitando á los pueblos sus leyes actuales, darles otras nuevas. Soltaban sus sarcasmos contra los reyes, pero sin manifestar que atentasen contra sus verdaderos derechos. Daban instrucciones contra la tiranía y el despotismo, sin haber aun decidido, que todo príncipe, y todo rey fuese déspota. Pero ya no observaron esta conducta despues de la aparicion de los dos sistemas. El de Montesquieu les enseñaba á gobernarse á sí mismos, y hacer la ley con sus reyes. El de Rousseau les enseñaba á desprenderse de los reyes y gobernarse á sí mismos haciendo la ley. Desde esta aparicion cesó su irresolucion, y decretaron la abolicion de los reyes, así como habian decretado la de la religion de Jesu-Cristo. Desde este momento las dos conspiraciones contra el altar y contra el trono no formaron en la escuela de los sofistas mas que una sola y misma conspiracion. Desde entonces ya no fue la sola voz de Voltaire, ó de algun otro sofista abandonado á sus caprichos y vomitando sus sarcasmos contra la autoridad de los

reyes; la que se dexaba oír, fueron los esfuerzos reunidos de los sofistas, combinando para en adelante los proyectos de la rebelion con los de su impiedad; confundieron en lo sucesivo sus medios, sus deseos, sus odios y todos sus artificios para enseñar á los pueblos á volcar los tronos de los reyes, así como les habian enseñado á demoler los altares de su Dios.

Esta acusacion es muy importante, y es muy formal, y sus pruebas se hallan todas en la boca de los mismos conjurados. Aquí ya no es solo la simple declaracion de su conspiracion; es el orgullo del sofista que pone toda su gloria en su crimen; que pinta la negrura, la hipocresía y la perversidad, del mismo modo, que habria pintado el objeto, ingenio y trabajos de la misma sabiduría, ó de la verdadera filosofía para la felicidad del género humano. Escuchemoslos como escriben la historia de sus conspiraciones, dando sus conspiraciones y resultados como la mas grande prueba de los progresos del espíritu en la carrera de las verdades filosóficas.

Pruebas de la Conspiracion. Declaracion de Condorcet.

Acababa la revolucion francesa de derribar el trono de Luis XVI. quando el mas impio y encarnizado de los conjurados, el monstruoso Condorcet, imaginó, que ya no le quedaba mas que hacer, sino celebrar la gloria, y descubrirnos los progresos de aquel filosofismo, al que solo se debian todos los crímenes y desastres que fundaron su república. Temiendo, que alguno ignorase el origen de tantas maldades, descubre, subiendo á la mas remota antigüedad, el origen de su escuela; reconoce que sus padres y maestros son todos los corifeos de la impiedad y rebelion, que ha producido cada siglo. Llega hasta la época en que descubre que se ponen los fundamentos de su revolucion, y república. Para que la historia pese su testimonio y aprecie como debe su declaracion, no mudaré de language, y permitiré que ensalce su escuela, y todos sus pretendidos beneficios. Á mediados del siglo pasado coloca la época en que piensa ver, que todo el delirio de la supersticion cede á la aurora de la filosofía moderna, en la que supone instruidos á sus lectores. Despues de esto, he aquí la trama, que se

pone á desenredar, como que es la historia y triunfo de su filosofía.

„Luego se formó en Europa una clase de hombres, menos
 „ ocupados en descubrir, ó profundizar la verdad, que en es-
 „ tenderla, que dedicándose á perseguir las preocupaciones en
 „ los asilos en donde el clero, las escuelas, los gobiernos y
 „ las corporaciones antiguas las habian recogido y protegido,
 „ pusieron toda su gloria en destruir los errores populares, mas
 „ que á hacer retroceder los límites de los conocimientos; modo
 „ indirecto de servir á sus progresos, que ni era el menos peli-
 „ groso, ni menos útil. En Inglaterra, Collins y Bolimbroke; en
 „ Francia, Bayle, Fontenelle, Voltaire, Montesquieu, y las es-
 „ cuelas que formaron estos hombres, combatieron en favor de la
 „ verdad, empleando sucesivamente las armas que la erudicion,
 „ la filosofía, el espíritu y talento de escribir pueden submi-
 „ nistrar á la razon; tomando todos los tonos, y empleando
 „ todas las formas, desde el chiste hasta lo patético, desde la
 „ compilacion mas sábia y extensa hasta el romance y folleto
 „ del dia; cubriendo la verdad con un velo para que no lasti-
 „ mase los ojos débiles, y dexase el placer de adivinarla; al-
 „ haciendo las preocupaciones con destreza, para descargar so-
 „ bre ellas con mas seguridad los golpes, casi nunca ame-
 „ nazando á muchas á un tiempo, ni siquiera á una del to-
 „ do; consolando algunas vezes á los enemigos de la razon, pa-
 „ reciendo que no se queria en la religion sino una media tole-
 „ rancia, en la política una media libertad; no hablando de
 „ despotismo, quando ellos combatian los absurdos religiosos,
 „ ni de culto, quando se levantaban contra el tirano; atacan-
 „ do estas dos plagas en su principio, al mismo tiempo que pa-
 „ recia que solo las habian con los abusos chocantes ó ridículos,
 „ y batiendo las raíces de estos árboles funestos, quando pa-
 „ recia que se limitaban á escamondar algunas ramas viciosas;
 „ ya enseñando á los amigos de la libertad, que la supersti-
 „ cion que cubre al despotismo con un escudo impenetrable, es
 „ la primera víctima que deben sacrificar y la primera cadena
 „ que han de romper; ya por el contrario, representándola
 „ á los déspotas como la verdadera enemiga de su poder, asus-

„ tándolos con el quadro de sus hipocresías , conspiraciones
 „ y furioses sanguinarios : pero sin nunca cansarse de recla-
 „ mar la *independencia de la razon , la libertad de escribir*,
 „ como que es el derecho y la salud del género humano ; le-
 „ vantándose con una infatigable energía contra todos los cri-
 „ menes del *fanatismo* y de la *tiranía* ; persiguiendo en la *re-*
 „ *ligion* , en la *administracion* , en las *costumbres* , en las *leyes*
 „ todo lo que llevaba el carácter de la opresion , de la du-
 „ reza , y de la barbarie ; mandando en nombre de la natu-
 „ raleza á los *reyes* , á las *guerreros* , á los *sacerdotes* , y á
 „ los *magistrados* respetar la sangre de los hombres , echan-
 „ doles en cara con una enérgica severidad la que su polí-
 „ tica , ó su indiferencia prodigaba en los combates , ó en los
 „ suplicios y tomando en fin por grito de guerra , *razon , to-*
 „ *lerancia , humanidad.*” = „ Tal fué esta nueva filosofía,
 „ objeto del odio comun de aquellas numerosas clases , que
 „ solo existen á causa de las preocupaciones.... Sus xefes, aun-
 „ que se expusieron al odio, tuvieron casi siempre el arte
 „ de escaparse de la venganza ; *supieron ocultarse en la per-*
 „ *secucion, aunque se manifestaron lo bastante para no perder*
 „ *algo de su gloria* (c).

Resultados de esta declaracion.

Quando la rebelion , la impiedad y la sublevacion *per-*
sonificadas hubiesen buscado la persona y pluma de Condorcet
 para manifestar la época , objeto , autores , medios y toda la
 artificiosa perversidad de las conjuraciones , que desde el prin-
 cipio se formaron contra el altar , y despues se dirigieron y
 continuaron contra los reyes , y xefes de las naciones ¿ con
 qué rasgos se podian manifestar y hacer mas evidentes estas
 conspiraciones ? ¿ De que manera el héroe , ó iniciado mas im-
 puesto en los misterios de la conjuracion podia describir con
 mayor claridad el que tenian de volcar los tronos, deseo que
 se derivaba del voto de derribar los altares ? Aprovéchese de
 estas declaraciones el historiador , ó por decir mejor , de es-

(c) Esquise d'un Tableau historique des progrès del esprit humain , par Condorcet , 9. époque.

te panegirico de las conjuraciones. Descubrirá , que todo lo
 que pueda decir el mas atrevido , é instruido de los conju-
 rados , lo ha reunido la pluma de Condorcet para retratarnos
 la conspiracion mas caracterizada y la mas general , urdida
 por unos hombres llamados filósofos, tramada no solo contra
 los reyes y sus personas , y contra todos los reyes , sino con-
 tra la misma dignidad real , y contra la misma esencia de
 toda monarquía. El momento en que se formó la conjuracion
 es aquel en que los Collins , los Bolingbrokes , los Bayles,
 los maestros de Voltaire, y el mismo Voltaire habian ya pro-
 pagado la doctrina de su impiedad contra Jesu-Cristo.

Tambien es el momento en que Montesquieu y Rousseau,
 que le siguió de muy cerca , aplicando las ideas de libertad y
 de igualdad á los sistemas políticos , han hecho que los lec-
 tores concibiesen aquel espíritu de inquietud sobre los títulos
 de los soberanos, sobre los límites de su autoridad , sobre los
 pretendidos derechos del hombre libre , sin los cuales todo
 ciudadano no es mas que un esclavo , y todo rey un despo-
 ta. Es , en fin , el momento en que los sistemas se presen-
 tan á los sofistas de vanas teorías , para suplir la falta de
 los reyes en el gobierno de los pueblos. Hasta este momento,
 parecia , que la secta se limitaba á no querer sino reyes filó-
 sofos , ó á lo menos reyes gobernados por filósofos : pero co-
 mo nunca pudo gloriarse de conseguirlo , hizo juramento de
 acabar con la dignidad real en el primer momento en que
 creyó hallar en sus sistemas el verdadero medio para despren-
 derse. No están señalados con menos claridad los sugetos , que
 Condorcet nos manifiesta como que componen la escuela de
 los conjurados. Estos son los maestros é iniciados de aquella
 nueva filosofía , que antes de resolver la abolicion de los reyes
 empezó con levantarse contra la religion ; y son los mismos
 que antes de descubrir que en todas partes no habia otra
 cosa que despotismo y tiranía , se habian esforzado en ma-
 nifestar que no habia sino fanatismo y supersticion en el cris-
 tianismo.

Tambien se manifiesta aquí con la mayor evidencia los
 medios , y constancia de la conspiracion. Los sofistas conju-

rados hacen semblante de que solo quieren en la religion una *media tolerancia*, y en la política una *media libertad*. Respetan la autoridad de los reyes, quando combaten la religion, y respetan el culto, quando se levantan contra los reyes. Hacen semblante de no querer atacar sino los abusos; pero la religion y la autoridad de los monarcas no son para ellos mas que dos árboles funestos, cuyas raíces cortan; son dos plagas, que atacan en sus principios, para que no queden vestigios de ellas. Toman todos los tonos, emplean todas las formas, carician con destreza á los mismos cuyo poder quieren aniquilar. Nada economizan para derribar á los reyes cuyos tronos socaban. Les proponen la religion, como si fuese el mayor enemigo de su poder; y al mismo tiempo no cesan de decir á sus iniciados, que la religion es el escudo impenetrable de los reyes, y que por lo mismo es la primera víctima que se ha de sacrificar y la primera cadena que se ha de romper para sacudir el yugo de los reyes, aniquilarlos á todos, quando logren destrozár el Dios del Evangelio.

Esta coalición de la maldad la hicieron los iniciados; su convenio y concierto no pueden pintarse mejor. Tienen su grito de guerra; *independencia y libertad*. Todos tienen su secreto; y al mismo tiempo en que todos están ocupados en continuar su grande objeto, se valen de todo su arte para ocultarlo. Nunca se cansan, y continúan en su empresa con una constancia infatigable. ¿A que pues se podrá dar el nombre de conspiracion, si esta no lo es contra los reyes? ¿Y que podrian decirnos mas los filósofos para manifestar, que su guerra contra los reyes, lo mismo que contra Jesu-Cristo, es una guerra de extincion, y de exterminio?

Temo, que aun haya quien me diga, que estas expresiones, *despotismo*, y *tiranía* no tienen por objeto á la dignidad real. Pero ya he dicho, que los tiranos y déspotas que quieren destruir nuestros sofistas, no son, sin que se pueda dudar, sino los reyes ó monarcas, contra los quales conspiran, y que si Luis XVI es un tirano y déspota para ellos, es preciso reconocer que la misma tiranía, y el mismo despotismo se hallaban en el mas benigno y moderado de los so-

beranos. Pero es preciso advertir al lector, para que no se dexé engañar, que no piense, que algun resto de pudor precisó siempre á los sofistas conjurados á ocultar su conspiracion y odio contra la dignidad real, baxo el velo y expresiones de *tiranía y despotismo*. El mismo Condorcet, de quien se diria, que con los demas conjurados sofistas, solo insulta á los tiranos y déspotas, no ha querido permitir que nadie se pudiese equivocar sobre qual era el objeto de la conspiracion.

Apenas quedaba en Francia el nombre, fastasma y sombra de rey en Luis XVI. Los primeros rebeldes de la revolucion, que se llamaban legisladores, llamados constitucionales; ¿á que estado no habian reducido la autoridad de este desgraciado príncipe? ¿Que apariencias de despotismo y tiranía podia tener entonces su poder? Sin embargo en tales circunstancias aun no se habian cumplido los deseos de los sofistas conjurados, y Condorcet fué el que se encargó de manifestar su extension. Aun se conservaba entonces el nombre de rey; Condorcet ya no dixo: *destruid el tirano, acabad con el déspota*: sino, *destruid á este mismo rey*. Manifestando que su deseo era el de todos los filósofos, propuso, sin rodeo sus problemas, sobre la misma dignidad real. Les puso por título: *De la república*, y puso al frente la cuestión: *¿Un rey es necesario á la libertad?* El mismo respondió: La dignidad real, no solamente no es necesaria, no solamente no es útil, sino que es contraria á la libertad, es irreconciliable con la libertad. Despues de haber así resuelto su problema, añadió: “A las razones que nos puedan oponer no les haremos el honor de refutarlas, aun menos responderemos á aquella multitud de escritores mercenarios, que tienen tan buenas razones para probar, que no puede haber buen gobierno, sin una gerarquía civil, y les permitiremos que traten de locos á los que tienen la desgracia de pensar como todos los sábios de todos los tiempos, y de todas las naciones (d).”

Esta era sin rodeos en la boca de este mismo sofista, que

(d) De la republique, par Condorcet, an. 1791.

mas se internó en las conjuraciones de su escuela, la extension de sus maquinaciones, y estos los votos de todos los que él llama sábios. No solamente declara que el despotismo, sino la misma dignidad real, y hasta la imagen, ó vano nombre de rey, es incompatible con la libertad. ¿Pues y que se debe hacer para que se cumpla su último voto sobre los reyes, del mismo modo que sobre los sacerdotes? Este voto no se limita á sola la Francia, ó á sola la Europa; la legion de los sofistas conjurados ha sabido estenderlo á toda la tierra y á toda region que el sol ilumina. Ya no es un simple deseo, es ya esperanza, y confianza de conseguir el intento, que con un tono profético anuncia, por la boca del mismo iniciado, á los sacerdotes y reyes (gracias al convenio, á los trabajos y á la constante guerra, que les hacen los filósofos) "de que llegará aquel momento en que el sol no iluminará sobre la tierra mas que hombres libres; momento en que los hombres no reconocerán otro señor que su razon, en que los tiranos, los esclavos, los sacerdotes, y sus estúpidos ó hipócritas instrumentos solo existirán en la historia, ó en los teatros (e)." He aquí pues en toda su extension el voto y maquinacion de los sofistas, manifestado por el mismo que se halla á su frente, por aquel á quien los xefes de su escuela juzgaron que era el mas digno para sucederles, y el que estaba mas penetrado de su espíritu; por aquel cuyo gran consuelo era al tiempo de morir, que aun quedaban sobre la tierra gentes para honor de su secta (f). Para que esta conspiracion y todo su objeto se cumpliese y llenase era preciso, que el nombre de *sacerdotes* y de *reyes* solo existiese en la *historia* ó en los *teatros*; allí para que sean el objeto de todas las calumnias y maldiciones de la secta, y aquí para que lo sean de la irrision pública.

Testimonios de diversos otros iniciados célebres.

A mas que, no es Condorcet el único sofista, que engrei-

(e) Carta 101 de Voltaire á d'Alembert.

(f) Condorcet, época. 10.

do con el éxito de la doble conspiracion, nos manifiesta su manantial en aquel convenio é inteligencia de los sofistas con que reunieron sus medios, y trabajos, dirigiéndolos, ya contra el altar, ya contra el trono, con el voto comun de destruir á uno y otro. Es sin duda Condorcet el que mas blasona de haber urdido esta trama, y esto, porque habiendo sacudido mas descaradamente todo pudor, y todo sentimiento moral, podía avergonzarse menos manifestando con complacencia todos los artificios, y dar por sendas del honor, de la verdad, y de la sabiduria aquellos caminos tortuosos, aquel atroz disimulo, aquellas asechanzas, que ponía á un mismo tiempo á los sacerdotes, á las naciones y á los reyes, y todo aquel encadenamiento de medios, cuya astucia y perversidad nos manifiesta que á su escuela, en lugar de filósofos, concurrían los mas abominables conjurados. Pero á mas de Condorcet hay una multitud de iniciados, á quienes se les escapó el secreto, en el mismo momento en que creyeron, que lo podían revelar, sin comprometer el éxito de la conspiracion.

La Harpe y Marmontel.

Con esta sola expresion: *El brazo del pueblo ejecutará las revoluciones políticas: pero el pensamiento de los sábios es el que las prepara*, dixerón casi tanto como Condorcet los iniciados del *Mercurio* la Harpe, Marmontel y Champfort. No dexaron de manifestar menos los pretendidos sábios, que disponían á la larga y á la sordina la opinion del pueblo, dirigiéndola hácia aquella revolucion que derribó el trono de Luis XVI. que solo desea romper el imaginario yugo de los sacerdotes, para romper el de los pretendidos tiranos, y tiranos tales como Luis XVI. que es decir, deshacerse hasta de los reyes mas humanos, mas justos, y que mas desean hacer felices á sus vasallos. Antes de Condorcet, y ántes de los iniciados del *Mercurio*, una multitud de otros prosélitos no habían dexado de manifestar ya la obra concertada, ya la gloria de su escuela en aquella revolucion tan amenazadora y terrible para los tronos. Entre la multitud de testigos escuchemos á algunos de aquellos hombres, que se de-